

tudio de realidades complejas, dinámicas y en evolución.

Finalmente, ante el conjunto de argumentos que pretenden explicar el objeto y la naturaleza de esta disciplina –concluye el libro– la Teoría de la Educación de cara a la nueva centuria ha de ayudar a depurar términos de uso ordinario como: competencias, relación entre teoría y práctica, formación intelectual y moral, y formación humana y profesional, entre otros. Parece así, que una Pedagogía adentrada en la sociedad del conocimiento ha de orientarse hacia la comprensión del fenómeno educativo, y hacia su explicación, “en toda profundidad de la tarea de terminar de hacerse hombre a través de la educación en todos los ámbitos de la experiencia personal”. A partir de que la crítica posmoderna pone en discusión el fin de la Teoría de la Educación, la autora argumenta en torno a ella con el fin de repensarla. De esta manera, la profesora Naval lleva de la mano de una forma clara y organizada al lector interesado en estos temas hacia una mejor comprensión del estatuto actual de la Pedagogía y de la Teoría de la Educación, sin obviar claro está, las dificultades y complejidades que este reto supone.

Es destacable asimismo, la extensa bibliografía que se incorpora al texto, a modo de apéndice, sobre la disciplina. Además, es de mencionar el elenco bibliográfico general, que como su nombre indica, incorpora la obra de muchos textos que convergen de una u otra manera en el riguroso análisis epistemológico que Concepción Naval hace sobre la Teoría de la Educación.■

MÓNICA DEL CARMEN MEZA MEJÍA
MARÍA DEL CARMEN BERNAL

Rc015

Pedagogia in prospettiva aristotelica

Giuseppe Mari

La Scuola, Brescia, 2007, 192 pp.

Tal vez el título de este libro cause a algunos cierta sorpresa y hasta incomodidad. Cabe, en efecto, preguntarse si tiene hoy sentido volver sobre un asunto tan trillado, en apariencia al menos, como el de las doctrinas pedagógicas aristotélicas.

Pienso que tal retorno estaría justificado, aunque sólo fuera porque durante siglos las ideas del Estagirita han estado en la base de la tradición filosófica occidental. También porque estamos ante un auténtico “clásico”, de cuya obra podemos extraer una y otra vez sorprendentes riquezas ocultas.

Sin embargo, no estamos comentando un nuevo estudio, más o menos afortunado, del pensamiento pedagógico de Aristóteles. El objetivo del profesor Mari no ha sido explicar cómo concebía la educación dicho autor, sino más bien convencernos de que sus doctrinas pueden iluminar la reflexión pedagógica presente.

Este propósito explica el enfoque del libro y la metodología empleada. Su autor no expone y analiza de manera sistemática las ideas del Estagirita sobre la formación humana, sino que selecciona aquellos aspectos de su pensamiento que considera más relevantes para nuestro

tiempo. De ahí que preste atención a obras que no suelen ser analizadas desde el punto de vista educativo.

El libro consta de cinco capítulos. En el primero de ellos se intenta mostrar que la filosofía aristotélica es muy apropiada para estudiar un fenómeno tan complejo como la educación. Y lo es porque toma en consideración en su justa medida las dimensiones corporal y espiritual del hombre; porque permite respetar y comprender la dinámica de la libertad humana, y concebir la formación como una tarea de colaboración dialógica entre el alumno y el maestro; finalmente, porque permite concebirla como un proceso de carácter personal que evoluciona en el tiempo, pero que conserva en todo momento algunos elementos invariables.

En el segundo capítulo del libro se subraya la relevancia para la pedagogía de algunos puntos clave de la filosofía aristotélica: la vinculación de la felicidad con el ejercicio de las virtudes intelectuales y morales; la idea de que la vida humana está orientada a un fin natural, pero es el propio agente quien ha de perseguirlo de manera libre; la concepción de la educación moral como un proceso en el que se deben tener en cuenta todas las dimensiones del hombre (corporal, intelectual, afectiva y volitiva); el papel clave de la prudencia, en tanto que permite hacerse cargo de las circunstancias personales e históricas sin caer en el relativismo; y, por último, la virtualidad formativa de la retórica y la poética.

En el tercer capítulo de la obra se destacan algunas afinidades entre el

pensamiento de Aristóteles y el positivismo, tanto en sus orígenes (Ardigò, Gentile) como en su versión más reciente (Popper). Posteriormente, el autor defiende que la metafísica aristotélica se ajusta más que ninguna otra al “paradigma de la complejidad” que domina la epistemología actual. También que dicha metafísica puede ayudar a conciliar y coordinar la orientación sintética de la Pedagogía, con la perspectiva analítica propia de las Ciencias de la Educación.

En el cuarto capítulo se alude a diversas críticas –en particular la formulada por Rousseau– que ha recibido la concepción del conocimiento propia de la “nueva ciencia”. El autor defiende que la filosofía y la metafísica aristotélicas son las más adecuadas para neutralizar la tendencia característica de la ciencia moderna a la despersonalización y el mecanicismo.

En el quinto y último capítulo se defiende que la *téchne* aristotélica no conduce a la deshumanización, que es inherente a la racionalidad puramente instrumental. En efecto, para el Estagirita la técnica no es un saber independiente y autorreferencial que transforma la naturaleza a su antojo, sino que lleva dentro de sí sus propios límites, ya que su fin es contribuir a actualizar las potencialidades de la misma naturaleza. Ésta tiene prioridad sobre la técnica, el hombre sobre las cosas y la vida sobre la abstracción.

En el apartado conclusivo se destaca que, tanto el auge de la fenomenología como el evidente malestar ante las consecuencias indeseables de la modernidad acercan nuestra cultura al aristotelismo. Por último, siguiendo las tesis de Enrico Berti,

un gran conocedor del pensamiento aristotélico, el autor propone apoyarse en la metafísica del Estagirita a la hora de afrontar los desafíos de la cultura y la educación contemporáneas.

En este punto se insiste en una idea clave, ya formulada en la introducción del libro: la metafísica no conduce necesariamente al dogmatismo y al despotismo, como a menudo suele creerse hoy en día. La metafísica aristotélica en particular, dado que reconoce la multivocidad del ser y parte de una visión plural de la realidad y la causalidad, es la mejor base para analizar y comprender tanto la complejidad de la vida humana como la misma educación.

El libro concluye con un útil glosario, en el que se definen diversos conceptos clave de la filosofía de Aristóteles, y con una breve pero enjundiosa orientación bibliográfica.

Recomendamos vivamente la lectura de esta obra y confiamos en que contribuya a la recuperación de lo esencial de la tradición filosófica premoderna. Tal recuperación pasa necesariamente por un diálogo abierto y profundo entre “antiguos” y “modernos”, del que sin duda estamos ante una muestra elocuente. ■

JAVIER LASPALAS

Rd015

La afectividad. Eslabón perdido de la educación

Álvaro Sierra
EUNSA, Pamplona, 2008, 198 pp.

Este pequeño y sugerente libro consta de cuatro partes. La primera trata de *Los fundamentos de la afectividad*. La segunda se titula *Niños tristes, niños temerosos*. La tercera se denomina *El agua que nos moja*. La cuarta, en fin, versa sobre *Afectividad y sexualidad*. Va precedido por una *Introducción*, literariamente bien escrita, y cierra con un breve *Epílogo*. A lo largo de todo el texto –de modo más o menos explícito– se lleva a cabo una exposición de la educación de la afectividad, sobre todo desde la familia.

El autor no es filósofo de profesión; tampoco pedagogo, sino médico ocupado en buena medida en tareas de orientación familiar; pero sí es lo que podríamos llamar un pensador vital. Por eso, el trabajo no nos ofrece una determinada filosofía de escuela, sino que es expresión de su propia experiencia, una vida que busca la filosofía. Una filosofía de la vida cotidiana que se ha abierto paso en la vida del autor a golpes de cincel, intentando comprender y resolver los conflictos personales humanos provocados por acciones carentes de sentido que tienen como fruto una afectividad deteriorada. Esos problemas no sólo nacen del entorno, sino de la